

JOAQUÍN CASTELLANOS, FIGURA SALTEÑA



Editores: Raúl Lavalle – Carlos María Romero Sosa

AD 2015

ÍNDICE

PRESENTACIÓN	p. 3
Raúl Lavalle. <i>Lectura poética de Joaquín Castellanos</i>	p. 5
<i>Dos fotos</i>	p. 7
Roberto García Pinto. <i>Juicio de Lugones sobre Joaquín Castellanos y su obra</i>	p. 8
Carlos María Romero Sosa. <i>Joaquín Castellanos frente a Ortega y Gasset: una réplica de 1917</i>	p. 12
Carlos Gregorio Romero Sosa. <i>Joaquín Castellanos (1861-1932)</i>	p. 17
<i>El “Adiós” de Castellanos</i>	p. 21

PRESENTACIÓN

Me propongo aquí simplemente recordar un poco a grandes poetas salteños. Comenzaré con Joaquín Castellanos, pero me gustaría seguir con otros grandes de la Salta eterna. Agradezco al Dr. Romero Sosa, quien trajo con su pluma y su muy valioso material. Sin él, esta publicación no me habría sido posible.

R.L.



Calle en San Lorenzo

LECTURA POÉTICA DE JOAQUÍN CASTELLANOS

Cerca de la capital de Salta está Villa San Lorenzo, lugar hermoso por sus dones naturales y por sus residencias. Pero me llamó la atención, al ver su mapa, que muchas de sus calles son literarias. Algunos nombres: Esteban Echeverría, Ricardo Rojas, Almafuerte, Rubén Darío, Enrique Larreta. La lista sigue y hay también salteños, como Juan Carlos Dávalos y Manuel J. Castilla. Pues bien, me propongo recordar a Joaquín Castellanos (también tiene allí calle). El *Portal Informativo de Salta* (<http://www.portaldesalta.gov.ar/castellanos.htm>) dice que nació en 1861 y falleció en 1932; que fue abogado y tuvo destacada actuación política y cultural. Tomo el siguiente texto, unas estrofas de su poema *El borracho*.

Corra el deleite para mí a raudales;
más que la tempestad temo la calma;
¡tormentas de placer sacudan mi alma,
que harto conoce ya las del pesar!
Dadme el ardor de las pasiones locas,
dadme un edén de tropicales flores;
¡quiero aturdirme en frenesí de amores
y en un salvaje vértigo gozar!

Yo antes amé la vida del desierto,
adonde libre el corazón se expande,
adonde el hombre, inculto pero grande,
parece dominar la inmensidad;
¡Ah!, yo envidiaba al hijo de la Pampa,
al rey de la llanura primitiva
cuando tenía en su extensión nativa
por único rival la tempestad!

Hoy busco las ciudades; hoy prefiero
la sucia fonda que con luz mezquina
amarillenta lámpara ilumina
a un paisaje bellísimo con sol;
la taberna es mi hogar; en este sitio
donde se goza, porque en él se olvida,
¡vengo a tomar venganza de la vida,
usando como un arma el alcohol!

Aquí llegan los náufragos del mundo;
aquí en la pobre y mísera taberna
el pueblo alivia la tristeza eterna
de un dolor cuyo fondo nadie ve.
Este es el sitio, la fatal guarida,
en donde a unos la miseria lanza;
a otros, un amor sin esperanza;
y a muchos, como a mí... yo no sé qué.

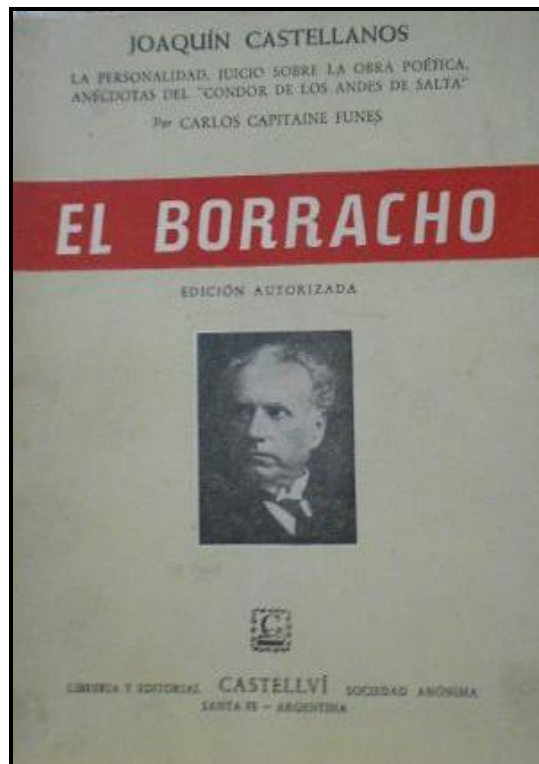
No podemos ocuparnos del poema entero: tiene cincuenta y ocho estrofas; la mayoría, de ocho versos y algunas, de cuatro. Apenas escribiré sobre las citadas (3-6). Pero quiero llamar la atención sobre una minucia métrica. Los versos son octosílabos, pero de tanto en tanto aparece algún heptasílabo, como “con nerviosa inquietud” (estr. 2). Hay una decena más de ejemplos. No sé si el poeta tuvo algún propósito o lo hizo, simplemente, sin pensarlo. En todo caso, no parece mal, si el protagonista es un ebrio, que de tanto en tanto sus pasos métricos vacilen. Y sobre el dulce beber, recordemos que una edición, en Salta 1979, fue de la Fundación Michel Torino.

Claramente el poeta desea aprovechar el día. Para ello parece oponer pares: uno, desierto / flora tropical; otro: tempestad / calma; otro más: soledades / ciudad; también: antes / ahora. Quizás en un imaginario la vejez trae un reposo, que invite a un reflexivo retiro. Aquí, todo lo contrario, quiere dejar las pampas (Salta tiene varias *pampas*) y buscar, a la manera de los goliardos, refugio en una taberna. Pero esencialmente se trata de repetir lo dicho: *carpe diem*. Y a esa admonición sumamos otros consejos afines que daba Horacio. Amamos, sí, apasionadamente, “en un salvaje vértigo.” Pero... *in taberna quando sumus*. En efecto leíamos que el poeta quería “tomar venganza” de su vida (sea de la que pasó y no gozó, sea del cúmulo de males de este *mondo cane*) en pobre fondín y no en la majestuosa naturaleza salteña.

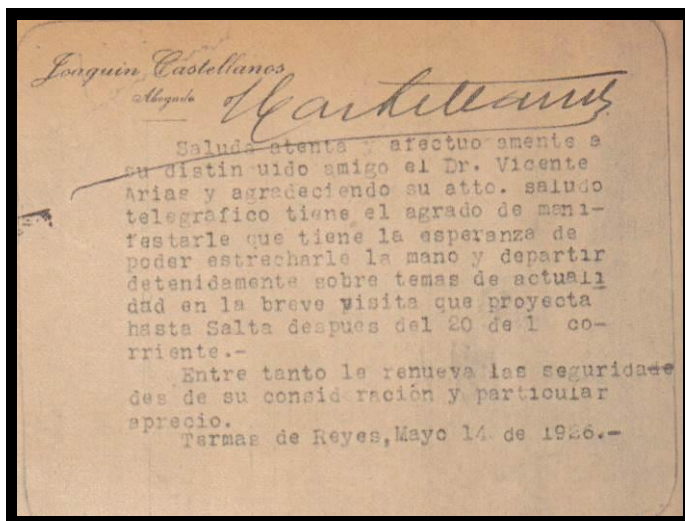
Quizás haya algunos pecadillos en las tabernas. Quizás en ellas no nos importe qué es a tierra, como decían los *Carmina Burana*. Quizás, fiados en Baco, perdamos toda nuestra suerte y dineros. Pero ese lugar a veces deviene *club*, sitio donde podemos pasar un rato en camaradería, sin ser juzgados por nadie, y olvidar las penas: no tanto con el rojo néctar, querido amigo (no te recomiendo el exceso), sino *cum amicitia*, la de los parroquianos y la del tradicional tabernero. A lo mejor no nos iremos de allí menos “náufragos”, pero sí con una cierta consolación de Filosofía. Tiene razón el poeta, al menos en cuanto a mí: hay un “yo no sé qué”, el cual me invita a la taberna de las letras, para calmar un poquito las tristezas.

Cumplido mi propósito de comentario, solo me gustaría agregar que la poesía de Castellanos merece ser leída. Ya sabemos que fue hecha en su época y no en la nuestra; que a veces las rimas suenan a forzadas; que la música de los versos es algo monótona. No obstante, creo que tiene la fuerza de expresar sentimientos profundos, respetando la tradición literaria pero con deseo de volcar una visión personal de la humanidad. Como yo me considero un mal cofrade de su *Borracho*, quizás por eso me gusta.

RAÚL LAVALLE



DOS FOTOS¹



¹ La imagen de arriba corresponde a la salida de un Tedeum celebrado en la Catedral de Salta, cuando Castellanos gobernaba la provincia. La de abajo es una esquela dirigida por Castellanos a su amigo, el doctor Vicente Arias Romero (1868-1953), quien fue jurista y legislador salteño. Arias Romero fundó la Junta de Historia de Salta y presidió las sesiones de la Primera Reunión de Historia del Norte Argentino, propiciada por su sobrino Carlos Gregorio Romero Sosa en 1938.

JUICIO DE LUGONES SOBRE JOAQUÍN CASTELLANOS Y SU OBRA

ROBERTO GARCÍA PINTO¹

Al publicar en 1923 la reedición del poema “El borracho”, en una nueva versión que tituló “El temulento”, Joaquín Castellanos antepone una larga dedicatoria a Leopoldo Lugones en respuesta a cierto gesto similar del “compañero de armas.”



Roberto García Pinto

A esa atención amistosa el autor de “Poemas solariegos” contesta con una sustanciosa epístola el 18 de septiembre de 1923, la cual, aparte de su interés literario, fue también un breve manifiesto político, antelación muy demostrativa de las ideas de quien habría de proclamar algún tiempo después la “hora de la espada”, en ocasión del homenaje internacional al centenario de la batalla de Ayacucho, en diciembre de 1924.

El gran poeta, al dirigirse a su prestigioso colega, le reconoce un derecho de mayorazgo en el favor de las musas, pero lamenta el mal gasto y desperdicio de méritos y sinceridad al haberse metido en política, en lucha desigual con un poderoso caudillo, “bien amado de las mayorías”, donde lleva todas las de perder. A juicio de Lugones, al condición de escritor y la superioridad intelectual implicaban un forzoso desvío de las multitudes y el fallo contrario de quienes influyen en los votos del triunfo.

¹ El artículo fue escrito en Salta, en marzo de 1979. Fue publicado en *La Prensa*. Carlos María Romero Sosa me lo facilitó; lo cual me permite reproducirlo aquí. Sobre este destacado médico y hombre de la cultura del s. XX, puede consultarse una biografía en la Red: <http://www.iruya.com/iruyart/archivo/cultura/304-garcpinto.html>.

Don Leopoldo se proclama “antipolítico hasta el horror”, impopular por naturaleza y por dedicación, puesto que su oficio consistía en estudios de lenguas clásicas, etimologías, estética y matemáticas, y todo ello sin aludir a la creación de la más pura y alquitarada poesía.



No sabemos lo que Castellanos respondió. Sólo una minuciosa búsqueda en las hemerotecas de Buenos Aires podría revelarnos el enigma. El comentario implicaba un cierto reproche al error del águila o del albatros, que como en el poema simbólico de Baudelaire, consienten en parar el vuelo y descender a la tierra, donde se exponen los atropellos y desafueros contra los cuales el hombre de pluma se defiende malamente, ya que por selección natural es un ser volátil, adaptado a remar entre las nubes.

El aludido, sin embargo, fue siempre un demócrata convencido y practicante. Dentro del rigor de sus ideales, convocó y recibió el aplauso de las masas, que lo apoyaron con entusiasmo. Perteneció a una época en que la fama literaria era buen título para ser ministro, senador y hasta presidente, tal como se había visto en Francia en los tiempos de Chateaubriand, de Lamartine o de Víctor Hugo, que se reflejaron también en nuestro país impulsando el triunfo de Mitre, de Sarmiento o de Avellaneda, ilustres plumíferos de su época.

Colocados los jalones previos y planteada la posición discordante del intelectual y su incompatibilidad con la clientela electoral –que por lo demás no es el verdadero pueblo, según Lugones– éste se apresura a opinar sobre los versos.

Sus palabras importan una toma de conciencia acerca de “la mejor obra poética” de Castellanos, cuya defensa asume frente al mismo autor, e implícitamente ante el olvido o la distracción de la mayor parte de los críticos e historiadores de nuestras letras. Hace constar de entrada su prístina admiración y precisa haberse contado entre los que contribuyeron a la popularidad de *El borracho* “mediante clamorosa y porfiada recitación.” Tal aserto en la pluma de la más prominente figura del movimiento modernista en Argentina, que desplazó y sustituyó de cuajo a los últimos románticos, importa un valioso y categórico testimonio para reivindicar la importancia del poema tan representativo de su tiempo, y que aún hoy conserva la fuerza patética de sus versos sonoros de una confesión lírica bien lograda, dentro de los recursos estilísticos que todavía estaban en pleno auge en la época de su primera versión (1887).

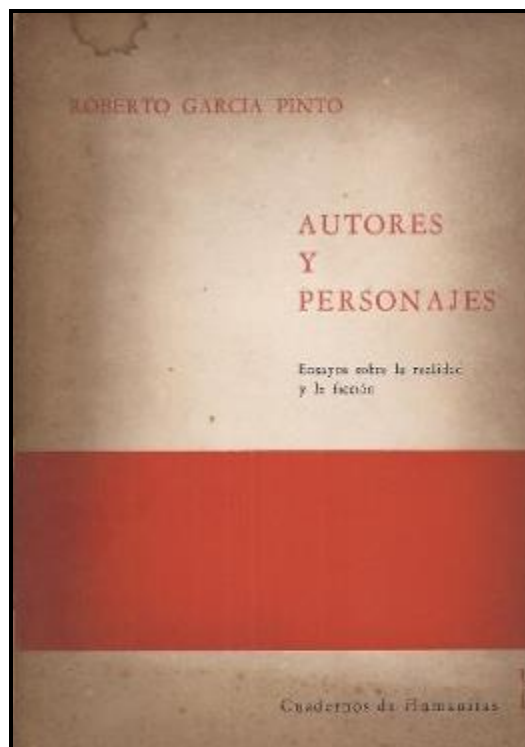
En los párrafos siguientes Lugones critica el cambio de título y condena la palabra “temulento”, estimándola demasiado “erudita, latín puro, parálitica por desuso y que no se adecua a un poema tan grandemente popular.” Pero el crítico olvidó que el escritor ha sido con frecuencia creador o promotor de voces nuevas. Al desenterrar del diccionario la ignorada sinonimia, Castellanos le dio cierta vigencia. Con el paso del tiempo, por lo menos en nuestro país, perdió su misterio y se nos hizo casi familiar.

En los ejemplares hoy conservados del primitivo *Borracho*, hemos comprobado que el poeta comenzó a corregir la primera versión seguramente poco tiempo después de publicada. Luego escribió muchas estrofas y cantos nuevos, y finalmente refundió el texto con una extensión casi doble, a editarlo en forma definitiva en 1923, con el cambio de título y una extensa explicación de las sugerencias y antecedentes que lo inspiraron. Reveló entonces que el tema surgió de la impresionante y lamentable historia de Matías Behety, un malogrado poeta uruguayo que padeció la misma desgracia que Edgar Poe y Gérard de Nerval, víctimas ilustres de una irremediable dipsomanía alcohólica. Castellanos estimó necesaria la defensa de su nombre frente a las campañas calumniosas que se hicieron, imputándole los mismos vicios que el protagonista de su poema, a pesar de que era pública y notoria la austeridad y elevación de su carácter y de su vida.

Nada dice Lugones de esas campañas. Es obvio que las ignora por subalternas y mendaces. Prefiere recordar las buenas y nobles horas que durante su juventud dedicó a “contemplar nubes, a soñar quimeras, a padecer amores y a recitar *El borracho*.” Declara que las volvería a repetir sin remordimiento, si fuera posible reanudar las andanzas juveniles a la manera de un “abejorro pendenciero y zumbón.”

El elogio lugoniano es una de las buenas razones para que, a pesar de las dificultades del momento, se publique nuevamente el poema en una edición cuidada y completa, que debe aparecer muy pronto, propiciada por una institución de fomento cultural de Salta.

ROBERTO GARCÍA PINTO



JOAQUÍN CASTELLANOS FRENTE A ORTEGA Y GASSET: UNA RÉPLICA DE 1917¹

CARLOS MARÍA ROMERO SOSA

A finales de julio de 1916, mientras la Gran Guerra enfrentaba a las potencias imperialistas, arribaron a Buenos Aires el académico, político y periodista español José Ortega y Gasset. “Mi padre y yo vamos por el mundo empujados por un común afán viajero”, explicaría el entonces joven pensador a ese público porteño, un poco *snob* y otro poco autoconvencido de su destino mental ultramarino, que constituía lo más numeroso de su auditorio.

Otros viajeros llegaron antes para descubrirnos, Ortega y Gasset lo hará con el afán de comprendernos. No estaba en sus miras anotar hechos exóticos. Pretendía, en cambio, reconocerse en nuestras actitudes. “Pocos hombres están en mejores condiciones de espíritu para comprender a la Argentina”, dictaminó por aquellos días la revista literaria *Nosotros*, principal vocero de esa elite intelectual, orgullosa de haberlo atraído con sus resplandores hacia estas latitudes.



¹ Agradezco a mi amigo Romero Sosa que me haya permitido reproducir aquí su artículo, que fue publicado en su *Evocaciones de dos mundos* (Buenos Aires, 1985).

Y así, mientras el país cambiaba, los representantes de la inteligencia nativa requerían definiciones de un estado de cosas que, por primera vez, se les escapaba de sus enguantadas manos.

Ortega y Gasset, a lo que parece madurando ya su inflexible condena a la rebelión de las masas, reparó poco en la Argentina subterránea, aquella que entristeció a Rafael Barrett. La de los barrios tristes, ensimismados en la tradición aldeana de sus recién afincados habitantes. La de las decepciones individuales inspiradoras del tango, comunicadas con la Nada desde los patios de los inquilinatos. La de las multitudes ungiendo presidente a Hipólito Yrigoyen.



Por el contrario, su confianza en los sectores dirigentes le hará saludar aquí “el talento del Estado”, o sea, la vitalidad nacionalizadora de las elites respecto de los centenares de miles de inmigrantes, esa mano de obra barata sobre la que antes informó Biale Massé en pleno período roquista.

En su última conferencia pronunciada en Buenos Aires durante la primera estadía suya en tierra argentina, y llevada a cabo en el Instituto Popular de Conferencias de *La Prensa* el 6 de diciembre de 1916, del después filósofo de la “razón vital” trazó un símil entre el histórico empeño unificador de la minoría castellana, durante la Reconquista, y nuestra nación, que lo impresionó por poseer “un volumen perfectamente poroso, donde pueden entrar hombres de todas las razas, de toda lengua, de toda religión y de toda costumbre.”

La buena fe del visitante, sumada a su eticidad, lo llevaría a pretender reinterpretar el dogma utilitarista de “gobernar es poblar” (sostenido en detrimento del elemento nativo y ni siquiera adoptado por las oligarquías con sentido humanitario hacia los recién llegados, hacinados en el Hotel de Inmigrantes o en los ya nacientes suburbios) a la luz de la trascendente perspectiva imperial del Cardenal Cisneros o de Isabel la Católica.

Nadie criticará, sin embargo, tan forzada analogía. Algunos de sus oyentes más notables (Rodolfo Rivarola, Horacio Castro Videla, Carlos Saavedra Lamas o Estanislao S. Zeballos) serían sin duda proclives a asentir, desde la cerrada intimidad de sus clubes, a aquello del “talento del Estado.”

Fue Joaquín Castellanos, el intelectual y político salteño, quien, en cambio, habría de rebatir algunas otras de las impresiones orteguianas. Primero, en marzo de 1917, desde las páginas de la revista *Nosotros*, y luego, en su libro *Acción y pensamiento*, en donde reproducirá ampliada esa su “Réplica a las observaciones, juicios y consejos del Sr. Ortega y Gasset sobre la vida argentina.”

En esta curiosa y original polémica, el escritor reacciona, quizá inconscientemente, contra la moda de los “monstruos sagrados”, por valiosos que ellos fueren, pues a su parecer “incurren en preconceptos y errores cuando juzgan las cosas de América, a causa de que aplican el criterio de las realidades que conocen a un orden de vida diverso, cuyas realidades intrínsecas desconocen.”

Es que Castellanos, un hombre del interior nacido en la provincia de Salta en 1861 y educado en Rosario de Santa Fe, donde incluso completó su bachillerato, poseía una mentalidad en mucho diferente a la de los círculos porteños dominantes. Lejos de la nostalgia decadentista, enfrentado con el barniz fríamente perfeccionista de Calixto Oyuela, su condición provinciana no lo marcó con datos decorativos, sino con esencias.

Para él América no se sintetizaba en Buenos Aires, una ciudad poco americana, enjoyada con construcciones de estilo francés y transitada por hombres de raza blanca, ni en los latifundios productores de cereales y de carnes para las metrópolis, ni tampoco en una red de puertos por donde se va a Europa. Conflictiva y hasta en alguna medida “impotente”, según la catalogó Hegel, esa América sería mejor, la del

proyecto en lenta ejecución, o, de acuerdo con las propias palabras de Castellanos: “el mundo de un nuevo advenimiento histórico... una tierra milenariamente abonada, en la que fijan la raíz de sus germinaciones.”

Pese a lo anotado, el futuro gobernador radical de Salta criticó sólo ciertos aspectos psicologistas de la visión de Ortega. Y así, ante las afirmaciones del español con respecto a la melancolía de las mujeres criollas, replicará contrariado: “si el señor Ortega y Gasset encuentra extraordinario lo que ha notado en el bello sexo argentino, demuestra que a él le ocurre lo que es frecuente en los intelectuales de gabinete, que no conocen la psicología de la mujer. En todos los tiempos, en todas las razas y especialmente en los centros de más refinamiento espiritual (*sic*), la mujer vive siempre nostálgica ‘de la patria del ideal’, como decían los románticos, o del ‘país del ensueño’, como dicen ahora los poetas decadentes.”

No agregó que buena parte de esa melancolía de los aristócratas – que a ellas se refiere el conferenciante–, cuyas monótonas existencias se estremecían con las ocasionales visitas de los primogénitos de las casas reales del viejo mundo, se debía al hecho de haber sido educadas por sus progenitores, los hombres del 80, con el complejo de europeas en el exilio, de “decentes” del protectorado, de heroínas “*in partibus*.”

Más profunda sin duda habrá de resultar la refutación de Castellanos a las frases que Ortega dedica a nuestra Universidad, en la que éste halla “cierta tendencia practicista”, capaz de suscitar “imágenes sórdidas e inelegantes de aulas tristes y prosaicas...”

“Universidades, muy bien, pero evolucionadas –exclamará el salteño, vislumbrando con instinto profético la Reforma Universitaria de 1918–, de las de tipo antiguo, calcado sobre el modelo europeo, tenemos bastantes para nuestra población, y desde mi punto de vista creo que con mayor influencia de la conveniente, dado su molde de imitación, que las hace incompletas con relación a las necesidades del medio y a las orientaciones necesarias de nuestra vida nacional.”

Con coherencia y haciendo gala de su nunca disimulada independencia de criterio, el polemista, admirador de Giner de los Ríos y revolucionario por temperamento, completa el razonamiento expresando: “si necesitamos el ‘hombre nuevo’, no podemos usar para moldearlo los viejos moldes.”

Como se ve, gran parte de esta réplica desanduvo el acostumbrado camino de los meros juegos intelectuales a las que era propenso un medio cultural, por demás esteticista. Castellanos formula propuestas de claro sentido nacional y americano. A más de seis décadas de redactadas, sin duda, tales elementos vuelven hoy esas páginas memorables.

CARLOS MARÍA ROMERO SOSA



JOAQUÍN CASTELLANOS (1861-1932)¹

CARLOS GREGORIO ROMERO SOSA

I

Personalmente conocí al doctor don Joaquín Castellanos –el ilustre intelectual y hombre público argentino (1861-1932)– en los ya lejanos años de mi primera niñez, en la ciudad de Salta y en el siempre añorado hogar paterno. Ello tuvo lugar allá en los sucesivos años 1920 y 1921, cuando el eminente publicista ejercía la gobernación constitucional en su provincia de origen, en plena lucha y defensa del federalismo y de la vigencia del auténtico sentido republicano, tal como en un trabajo objetivo y justiciero lo presenta la visión del comprovinciano historiador Luis Oscar Colmenares, vale decir del “Quijote enfrentando la tarea de desfacer entuertos y desafiar vestiglos”, tal cual lo definió –a su vez– el poeta y periodista salteño José María Gallo Mendoza.

Don Joaquín, cordial y consecuente, visitaba mi hogar con bastante frecuencia porque se sentía cómodo en medio de mi familia, no obstante la divergente circunstancia de que mi padre² formaba parte de un partido político adverso a Castellanos: la “Unión Provincial.” Mi padre admiraba intelectualmente a Castellanos y se sentía unido a él y a todos los suyos por un afecto muy hondo, derivado de comunes vínculos de sangre. Los dos contertulio se querían mucho entre sí y se respetaban en sus posiciones adversas, tanto más que le constaba a Castellanos tener en su leal amigo un ferviente defensor que, en todas partes, salía a la palestra para jugarse por él en contra de opiniones malevolentes, precisamente porque el autor de mis días lo reconocía como hombre de honor y como salteño noblemente inspirado.

II

Castellanos asumió el bastón de mando de la gobernación salteña en enero de 1919, cuando el radicalismo logró volcarse a las urnas, amparado por a conquista democrática de la Ley Sáenz Peña.

¹ Artículo publicado en Salta por el Instituto Güemesiano. Agradezco a Carlos María Romero Sosa, hijo del autor, haberme facilitado una copia del mismo.

² El educador, periodista y hombre público salteño don Daniel Policarpo Romero (1871-1959).

Mi familia guardó un cordial telegrama de esta época a mi tío carnal, el Obispo Diocesano de Sata y Jujuy monseñor José Gregorio Romero y Juárez, también contemporáneo, pariente de sangre y amigo personal de Castellanos. El texto del telegrama dice así: “A Su Señoría Ilustrísima José Gregorio Romero, Obispo de Salta. Me ha sido singularmente satisfactorio recibir la honrosa manifestación que Su Señoría se ha servido dirigirme con motivo de la elección realizada por la Convención Electoral para Gobernador de la Provincia. Los votos patrióticos que formula el ilustrado Obispo de Salta concuerdan con mis más firmes propósitos de presidir una administración en que los hombres no seamos más que el órgano de gobierno de las leyes.”

Y agrega: “Con respecto de las que rigen las relaciones entre el Estado y la Iglesia, seré un observador estricto de los deberes que impone la Constitución a los Gobernadores de Provincia en el ejercicio del Vice Patronato y en mi carácter de funcionario público encargado de aplicar y hacer aplicar las leyes, no he de permitir —en cuanto dependa del Poder Ejecutivo— que se perturbe la misión social y moral que las autoridades eclesiásticas, representando el sentimiento de la mayoría de nuestra población, ejercitan dentro de la esfera de acción legítima.”

El precedente mensaje finaliza diciendo: Personalmente agradezco los conceptos honrosos de su comunicación y me complace expresar a Su Señoría los sentimientos de respeto y alta consideración con que saludo al señor Obispo Diocesano.”¹

III

Durante su fecundo mandato gubernativo, en el mes de junio de 1921, le tocó al doctor Joaquín Castellanos presidir los actos del Centenario de la Muerte del General Güemes, actos todos ellos a los cuales él rodeó de solemne dignidad republicana. Un párrafo de la brillante conferencia, que Castellanos pronunció el 17 de junio en el Teatro Güemes de Salta, es el siguiente: “Salta no tiene más caudillo que Güemes, que fue caudillo inmaculado, salvador de la nacionalidad, campeón de la Patria desde la primera hora, en que niño todavía, se hizo soldado, hasta la última de su vida, breve en el tiempo, pero vasta en prodigios de virtud ciudadana.”²

¹ El telegrama original lo conservo en mi poder.

² Joaquín Castellanos. *Memoria a la H. Legislatura de la Provincia de Salta* (Edición Oficial, Salta, 1921), p. 745.

IV

Por todo cuanto conozco de él y también, desde luego, por recordar las referencias recibidas de labios de mi padre, creo sinceramente que don Joaquín Castellanos fue en sí mismo algo así como un permanente volcán en erupción; un temperamento unamunESCO, más cercano a la vehemencia de Sarmiento y a la fuerza intelectual de Víctor Hugo o de nuestro Leopoldo Lugones, otro de sus amigos entrañables. Es lo cierto que, como escribió alguien que bien lo conocía, “toda la nobleza de su ánimo se revelaba en la fisonomía de Joaquín Castellanos, destacada por rasgos viriles, animados siempre por una luz interior.”¹

Cuando Castellanos murió, hubo una ofrenda simbólica de un poeta extranjero aquerenciado en Salta: una corona de laurel que, en gesto anónimo, mandó depositar en su féretro el señor Federico Ebbert, a nombre de “El Pueblo de Salta.”

V

Considero un gran acto de justicia póstuma el que nuestra Academia del Instituto Güemesiano de Salta haya instituido un sillón académico para honrar la memoria no perecedera de ese gran salteño güemesiano, nieto paterno del médico patriota doctor Antonio Castellanos Saravia, evocado por su ilustre descendiente en más de una ocasión.

El doctor merece, indudablemente, ver perdurar su nombre en ese Sillón Académico. Lo merece por su amor al prócer, por su destacada y bien conocida actuación pública y, además, como reconocimiento a su fecunda labor intelectual como poeta, pensador, escritor, orador, jurista, sociólogo, polemista, educador, periodista e historiador. Publicó casi una docena de libros y su labor como prosista –aparte de su notable obra poética que compitió el cetro del grande Rafael Obligado– aparece ubicada entre la de los denominados “escritores fragmentarios”, es decir, entre aquellos sin una obra orgánica definida, como en el caso de Eduardo Wilde, Miguel Cané, Juan Agustín García, etc.

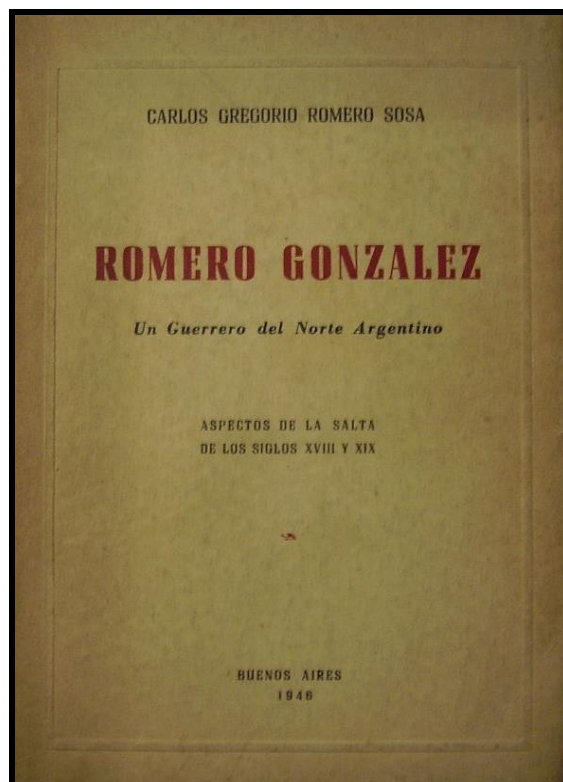
Como historiador se interesó, también, en comentar y exaltar aspectos variados de la figura, acción, personalidad y epopeya de Güemes. Por eso considero que su libro *Güemes ante la historia* debe ser reeditado para iniciar con él la serie de publicaciones especiales de

¹ Eduardo Hugo Romero, *Yo conocí a Castellanos* (Salta, 1961), p. 6.

divulgación güemesiana de nuestra Academia, en o que acaso pudiese constituir la futura “Biblioteca Güemesiana.” Eso sí, el volumen que propongo debe ser precedido de un adecuado estudio prologal (estudio que me ofrezco y desearía escribir en su momento), sin perjuicio, además, de adosar al texto originario de Castellanos algunas notas explicativas y complementarias, como actualización de antecedentes, acordes con las investigaciones que se han realizado después del enfoque inicial, apenas bosquejado en 1921.

Por mi parte quiero confesar sentirme honradísimo de que se me haya asignado el sillón académico que honra al autor de *Güemes ante la historia*; al periodista y orador de *Labor dispersa*; y a gran poeta romántico de los poemas *El viaje eterno*, *El borracho* y *El adiós*, tanto más que la imagen de Joaquín Castellanos –el amigo tan querido de mi padre– está haciendo latir mi corazón y despierta mi reverencia y mi permanente entusiasmo intelectual.

CARLOS GREGORIO ROMERO SOSA



Una obra del autor de este artículo

EL “ADIÓS” DE CASTELLANOS¹

La poesía que publicamos, titulada “Un adiós”, pertenece a Joaquín Castellanos, el malogrado vate del norte, cuyos restos han vuelto a su provincia, de donde se alejara, hace quizá una década, con el espíritu angustiado por los reveses de esas luchas estériles que tienen por teatro los ambientes chicos.

Innúmeras veces hemos oído estos versos en boca de los rapsodas de la guitarra, que peregrinan por los pueblos del norte cantando a su manera y desfigurando a su paladar las mejores producciones del estro argentino.

“Un adiós” no es como lo repiten los que lo entonan con música adaptable, en la trastienda del boliche de campaña. Hélo aquí tal cual Castellanos lo concibió con esa su inspiración insuperable.

Ya es hora de que me aleje;
Ya es hora de que mi vida
Vaya, como el ave herida
Que arrastró la tempestad,
A juntar desde la altura
De lejanos horizontes,
La soledad de los montes
Con mi propia soledad.

Ya el viajero deja el oasis
Para tornar al desierto;
Ya la nave deja el puerto
Y se engolfa en plena mar.
Ya nadie alumbra la senda,
Solitaria está la ermita,
Y la lámpara bendita
Moribunda ante el altar.

¹ Reproduzco aquí un viejísimo recorte de un diario *Crónica*, de Jujuy, no firmado. No corrijo ortografía y redacción. Nuevamente agradezco a mi amigo Romero Sosa el haberme facilitado este raro documento. [R.L.]

Tú te quedas en la playa
Al abrigo de las olas;
Yo soy náufrago que, a solas,
Con ellas luchando estoy.
A ti el mundo te reclama,
A mí me deja y olvida;
Al banquete de la vida
Tú llegas y yo me voy.

Me voy de la fiesta en hora
Prematura todavía;
Y en la mitad de mi día
Miro el sol palidecer.
Y aún la copa estaba llena
Del licor efervescente,
Y lozanas en mi frente
Las guirnaldas del placer.

Yo soy la niebla que baja,
Tú la fragancia que sube;
Tú eres iris, yo la nube,
Tú céfiro y yo aquilón;
Tú aurora, yo el crepúsculo
De luz pálida e indecisa;
Yo soy lágrima, tú risa,
Yo recuerdo, tú ilusión.

Yo soy abismo de sombras
De borrascas agitado,
Tú, como el cielo estrellado,
Eres abismo de luz.
Yo en la frente llevo espinas,
Tú en la frente llevas galas,
Tú llevas de ángel las alas
Y yo del mártir la cruz.

Yo no tengo en mi desgracia
Donde reclinar las sienes;
Y tú cuando lloras tienes
Quien te alivie tu aflicción.
Yo si lloro es en silencio,
Y las lágrimas que escondo
Van solitarias al fondo
De mi herido corazón.

Sin hogar y sin amigos,
Y extraño en mi propio suelo,
Tú eres mi único consuelo,
Y hoy tú me faltas también!
Roto el lazo como siempre
De un amor desventurado,
Ruedo al infierno arrancado
De las puertas del Edén.

Tú entrarás en él un día,
¡Ay!, pero no ya conmigo,
Yo te amé y quise contigo
La ventura compartir.
Mas no quiero que compartas
La desgracia a que me inmolé,
Y aunque más se sufre solo,
Solo prefiero sufrir.

No quiero arrastrar tu vida
De mi vida en el naufragio;
Yo no quiero que el contagio
De mi dolor llegue a tí;
Del jardín abandonado
De mis últimos amores
Para ti guardo las flores;
Las espinas, para mí. ...

Pasarán de estos instantes
Las tristezas y alegrías,
Y las horas y los días,
Y los años pasarán.
Pero los dulces recuerdos
Que dejaste en mi memoria,
Forman parte de mi historia
Y en mi mente vivirán.

Me acompañará tu sombra
Para siempre en la existencia,
Y con tu nombre en la ausencia
Mi soledad llenaré.
¡Adiós!, luz de una mañana,
Hasta el día en que sucumba;
Y si hay amor en la tumba,
En la tumba te amaré.

Te amaré desde el retiro,
¡Adiós!, sol de un bello día:
Postrer rayo de alegría
Que alboreó en mi corazón.
¡Adiós!, imagen que tienes
La atracción de lo imposible
Y el encanto irresistible
Que dá la última ilusión!

Como el peregrino de amor, etéreo protagonista de las *Soledades* de Góngora, también el cantor de estos versos busca consuelo y olvido en “la soledad de los montes.” Se compara a sí mismo con un ave herida, con un naufrago, con un caminante del desierto. Busca consuelo en lágrimas silenciosas y en la poesía, porque su amada no puede salvarlo: ella entrará en el Edén “pero no ya conmigo.” “Sin hogar y sin amigos” está; por tanto, sin ese dulce consuelo que, de algún modo, bendice toda aflicción. Lo mismo que *El borracho*, “Un adiós” es un poema muy de su época, pero digo lo que dije en otra ocasión: yo mismo me siento en rara soledad y, tal vez por eso, me gusta leer a Don Joaquín Castellanos.¹

¹ Estas modestas palabras no pertenecen al artículo periodístico sino a mí. [R.L.]